

cia, según Higgins, se convierte, durante la sufrida adultez de Vallejo, en la sinonimia «felicidad-comunidad del futuro»; una felicidad que aparece como disolución final de todas las tensiones y desgarramientos. Escribe Higgins²: «La nueva sociedad universal fundada en el amor con que sueña Vallejo es también en parte una proyección de su ideal privado del hogar y la familia. La época más feliz de la vida de Vallejo fue su infancia, que pasó en medio del amor y protección del hogar, cuyo eje era su madre. La muerte de su madre y la disolución del hogar fue quizá la tragedia más grande de su vida, y de aquí en adelante tendió a ver la existencia como una orfandad. Uno de los temas principales de *Trilce* es la nostalgia del mundo integrado por la familia. Hasta el fin de su vida el hogar había de ser un ideal que constantemente anheló recuperar».

Hay, pues, en Vallejo una santificación de la familia. El sexo, como recuerda el citado estudioso inglés, agota su sentido en la función procreadora ya que el goce no constituye en sí un propósito ni un motivo de exaltación. De igual modo, podría decirse que el sufrimiento en el que se disuelve el *Yo* lógico o la ilusión idealista de la personalidad y los contenidos subjetivos tradicionales, aparece como mediación necesaria para el nacimiento del individuo fraternal comunista quien rebasa o supera, a través de la solidaridad, su pavoroso vacío de contenido ético-social y el aislamiento a que lo condena su rebeldía puramente egoísta. Puede, en consecuencia, afirmarse que, en Vallejo, la sexualidad, tanto como la conciencia exasperada del *Yo*, son desde el punto de vista de su ideología política, instancias, estacionales, transiciones a través de las que corresponde desembocar en la familia y en la revolución comunista. «Así Vallejo llega a sentir —añade Higgins³— que cuando todos los hombres estén unidos en el amor, habrá recuperado el mundo integrado del hogar. En este sentido, su sociedad ideal del futuro no será sino una proyección universal de su ideal privado de la familia: la nueva sociedad constituirá el hogar de todos y toda la humanidad conformará una sola familia».

No es la persona, en tanto sujeto singular, la que puede resarcirse, redimiéndose de la enajenación. Es el ciudadano militante, el insolvente *Yo propio* restañado de su impureza en el *Nosotros* participante de la acción política comunista. Se produce, pues, en Vallejo lo que podría caracterizarse también como un salto desde el espacio de la conciencia trágica al espacio de la conciencia redencional. Mediante él, la visión vallejana del hombre termina por encontrar el cauce de una esperanza que se despliega a expensas de la comprensión alcanzada en su poesía sobre el tema de la verdad y del sentimiento humano.

En el espíritu colectivista ve Vallejo la salvación entendida como definitiva superación de todos los conflictos, cosa que se logra mediante la práctica revolucionaria que su comunismo estricto, tan generalizado como concepción ortodoxa entre los opositores de su tiempo al avance del fascismo, concibe como gradual ascenso hacia una humanidad definitivamente reconciliada en el amor. Y si ello tiene lugar es como consecuencia tanto del imperativo afectivo que gobierna el corazón nostálgico del Vallejo adulto, como de la conciencia ética que alienta su rebelión contra la injusticia social. Pero el

² James Higgins, *Visión del hombre y de la vida en las últimas obras poéticas de César Vallejo*, pág. 307, Siglo Veintiuno Editores, México, 1970.

³ *Idem*, pág. 314.

reconocimiento de esta doble vertiente de su proceder no nos obliga a ignorar cuánto se pierde, en el referido salto, del Vallejo incomparable, ya que con ese movimiento se consuma una opción reduccionista consolidada a expensas de ese espíritu hipotético y conjetural que se acepta siempre insuficientemente y a favor, en cambio, de las polarizaciones más drásticas y primarias.

¿Cómo no ver un trasfondo de desesperación en el extremismo político-ideológico de Pessoa y Vallejo? Es ese quemante sedimento el que nos habla de la incomparable autenticidad de sus respectivas obras poéticas y de la necesidad más íntima que alienan sus inflexibles concepciones histórico-sociales. Hay, de hecho, en ambos un ardiente deseo de reencuentro con la esperanza, de poder abrirse un resquicio de luz personal hacia ella; de superar el encierro en el doloroso sentido de la existencia humana y el agobio padecido a manos de la imponderabilidad última de todo lo real. En suma: Vallejo y Pessoa quieren recuperar el sentimiento de pertenencia comunitaria y compromiso social capaz de arrancarlos a la asfixiante soledad personal a la que ambos se sienten igualmente condenados.

En el caso de Vallejo, el propósito fue, como lo subraya el crítico francés André Coyné⁴, el de ir «Más allá de las vicisitudes de la lucha, en las que sólo piensan quienes todo lo ven en términos de poder y de desquite, (para) realizar el sueño de una humanización, amén de planetaria, cósmica».

Pelear por todos, y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre, y para
que hasta los animales sean hombres.
Y el mismo cielo todo un hombrecito.

Tras brindarnos estos elocuentes versos de Vallejo, Coyné prosigue diciéndonos: «Vallejo, negando el tiempo y sus desastres, en un supremo conjuro universal, coloca su poesía en un plano profético, el único que justifica el mito milenarista de una esperanza que la historia persigue sin poder fundar nunca».

Es al respecto también significativa la muy conmovedora reflexión de Pessoa que paso a transcribir:

No cuento con gozar mi vida, ni en gozarla pienso. Sólo quiero convertirla en algo grande, aunque para eso mi cuerpo y mi alma deban ser la leña de ese fuego. Sólo deseo convertirla en algo de toda la humanidad aunque para eso tenga que perderla como algo mío.

Cada vez más pienso así. Cada vez más pongo en la esencia anímica de mi sangre el propósito impersonal de engrandecer la patria y contribuir a la evolución de la humanidad. Esta es la forma que en mí tomó el misticismo de nuestra Raza.

Sin embargo, esta necesidad de conversión de la acción personal en fruto colectivo aparece con más frecuencia en la poesía de Vallejo (especialmente en la de los años finales) que en la de Pessoa. Pero ni Pessoa ni Vallejo supeditaron jamás la calidad esté-

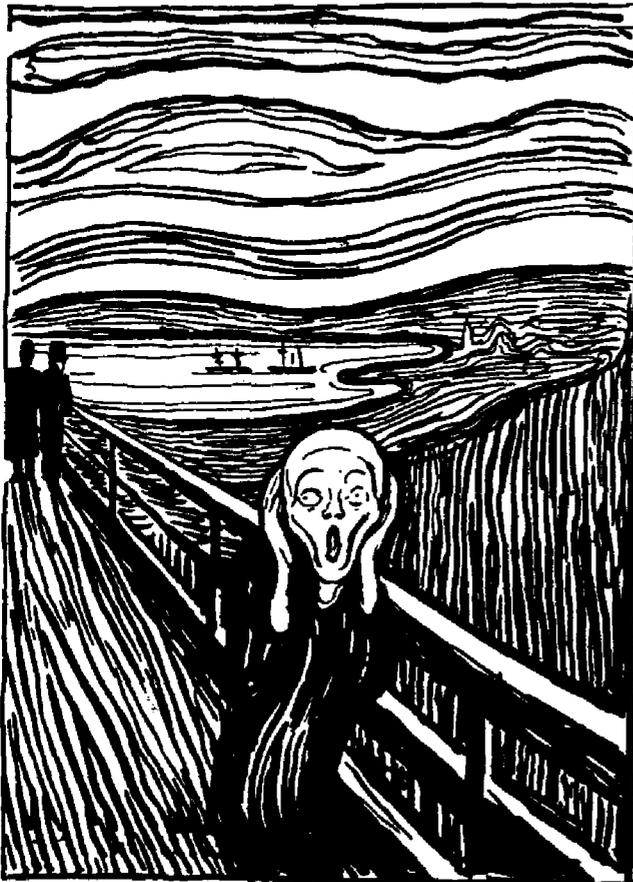
⁴ André Coyné, «Vallejo y el surrealismo», en el tomo colectivo *El humanismo de César Vallejo*, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, págs. 192/193, Argentina, 1971.

tica de sus textos a los requerimientos de sus convicciones ideológicas o de sus conjeturas políticas. Lo que sí resulta evidente, en uno tanto como en otro, (y lo reitero por lo importante que me parece) es que la índole esquemática de sus opciones políticas (también *naive*, si se las compara con el espesor conceptual de sus obras literarias), acusa la necesidad de atenuar de alguna manera, la irreductible complejidad de lo real en la que se asienta el núcleo de sus respectivas concepciones estéticas. El dogmatismo, la fe obstinada y doctrinaria en la que ambos, Pessoa y Vallejo, parecieron haberse amparado, al menos en un determinado momento de sus vidas, constituyó un paliativo, una pausa y, a la vez, una evasión de ese mundo poético donde la verdad, reconocida por ellos como un agobiante misterio, induce a concebir al hombre como un ser esencialmente trágico e inhabilitado para levantar en el dogma su morada.

Santiago Kovadloff



Munch: *Agonía* (1896)



Munch: *El grito* (1895)



Autorretrato con sombrero (1932)